Historias que encienden *nuestro corazón*

Cuentos y oraciones para vivir en familia
el Adviento, la Navidad y la Epifanía



inquietar
agustinos recoletos

JAR

Adviento y Navidad 2026 · Epifanía 2027
Provincia San Nicolás de Tolentino · Agustinos Recoletos

Contenido

Siete encuentros, siete cuentos y un camino que termina en Belén

Un tiempo para encontrarnos 3

Cómo compartir estas páginas 8

1 **Esperanza** 11

La ventana encendida 15

2 **Paz** 23

La carta que nadie quería entregar 27

3 **Alegría** 35

El bolsillo de los días buenos 39

4 **Amor** 47

Un abrigo con las mangas largas 51

5 **Nochebuena** 60

El sitio junto a la puerta 64

6 **Navidad** 72

La mañana de las cosas pequeñas 76

7 **Magos de Oriente** 84

La estrella de la última casa 88

PRESENTACIÓN

Un tiempo para encontrarnos

Queridas familias, queridos hermanos:

En la reunión de comisiones y secretariados de nuestra provincia, celebrada durante el mes de noviembre, quedaron claras dos tareas que queremos asumir juntos: vocacionalizar la provincia y trabajar con las familias. Este libro nace del deseo de comenzar a darles forma, con una propuesta sencilla que pueda entrar en nuestros hogares y acompañarnos durante el Adviento y la Navidad.

Vocacionalizar nuestra provincia significa ayudarnos a descubrir que Dios sigue llamando, que nuestra vida tiene un sentido y que cada uno puede responder a su amor desde su propia historia. Para reconocer esa llamada necesitamos espacios donde podamos mostrarnos como somos, expresar nuestras preguntas y sentir que alguien nos escucha con interés y respeto.

La familia está llamada a ser uno de esos espacios. En ella aprendemos a relacionarnos, descubrimos nuestras capacidades y comenzamos a preguntarnos quiénes somos y qué podemos ofrecer a los demás. Cuando una persona se siente querida y acogida, encuentra mayor libertad para crecer, tomar decisiones y comprometer su vida.

Sabemos que esa experiencia no siempre resulta fácil. En nuestros hogares también hay cansancio, preocupaciones, silencios difíciles y heridas que necesitan tiempo. Cada familia tiene una historia que merece ser escuchada. Queremos acercarnos a ella con respeto, acompañar sus búsquedas y reconocer todo el bien que ya está presente en su vida cotidiana.

Trabajar con las familias nos pide esa disposición: caminar a su lado, aprender de ellas y construir juntos nuestras comunidades. Nos invita a cuidar los encuentros, a escuchar antes de responder y a confiar en la capacidad de las personas para crecer cuando encuentran apoyo y compañía.

Los siete cuentos de este libro nos acercan a una pequeña comunidad en la que hay esperas, ausencias, desencuentros y nuevas oportunidades. Sus personajes van aprendiendo a cuidar unos de otros mientras se preparan para recibir a Jesús. Quizá reconozcamos en ellos algo de nuestra propia vida: una conversación pendiente, el deseo de estar más cerca de alguien o la necesidad de sentirnos acompañados.

A través de estas historias queremos acercarnos al corazón de la Navidad: el Hijo de Dios se hace hombre, comparte nuestra vida y viene a salvarnos por amor. En Jesús descubrimos a un Dios que se acerca a nuestra fragilidad y nos invita a recibir su amor. Ante el pesebre podemos presentarnos con lo que somos, con nuestra gratitud y también con aquello que todavía nos cuesta comprender.

Quiero agradecer especialmente la colaboración de fray Alfonso Dávila con el tiempo que ha dedicado a escribir estos cuentos, la sensibilidad con la que ha dado vida a sus personajes y el cuidado que ha puesto en acercar el misterio de la Navidad a nuestras familias.

Junto a los relatos encontraréis momentos de oración para los cuatro domingos de Adviento, la cena de Nochebuena, el día de Navidad y la fiesta de Reyes. Podéis adaptarlos al ritmo de vuestra casa. Basta con encontrar un momento para reuniros, escuchar el Evangelio y presentar al Señor lo que lleváis en el corazón. Dejemos que los niños hagan sus preguntas, que los mayores compartan sus recuerdos y que cada uno encuentre su manera de participar. También el silencio puede ser una forma de estar juntos.

Ojalá estas páginas nos ayuden a vivir esta Navidad en familia, con tiempo para mirarnos y escucharnos. Que nos animen a acercarnos a quienes están solos, a saludar a nuestros vecinos y a cuidar los lazos que sostienen nuestras comunidades.

Y ojalá sigamos trabajando juntos, religiosos y laicos, familias y comunidades, para que nuestra provincia sea un lugar donde cada persona pueda descubrir la llamada de Dios y encontrar compañía para responder.

Que el Niño Jesús, que nació en Belén, bendiga nuestros hogares y nos conceda la alegría de sabernos amados.

Fray Eduardo Chávez Téllez Girón, OAR.
Comisión de Pastoral Juvenil y Vocacional de la Provincia SNT

inquietar
agustinos recoletos

JAR

ANTES DE EMPEZAR

Cómo compartir estas páginas

Este libro propone siete encuentros en torno a Jesús, desde el comienzo del Adviento hasta la fiesta de Reyes. Cada familia puede encontrar su propio ritmo: no hace falta preparar una celebración perfecta para pasar un rato juntos.

Durante el Adviento, comenzamos cada domingo alrededor de la corona. Una persona lee la monición, encendemos las velas indicadas y escuchamos el Evangelio. Después guardamos silencio y rezamos. Quien lo desee puede compartir una palabra; nadie tiene que hablar por obligación.

El cuento queda para un día de la semana en que podamos leerlo con calma. Podemos turnarnos, detenernos si un niño pregunta o conversar al terminar. Cada semana se propone también un gesto sencillo para llevar a la vida lo que hemos rezado y leído.

En Nochebuena y Reyes rezamos antes de la cena y de repartir el roscón. El día de Navidad nos reunimos junto al belén. Los cuentos de esas fechas pueden leerse antes o después, cuando resulte más natural para la familia.

Las indicaciones en cursiva orientan los gestos y los silencios; no hace falta leerlas en voz alta. Una persona puede leer la oración en nombre de todos, y todos respondemos «Amén». También podemos rezarla juntos.

Los pasajes del Evangelio se han elegido por su relación con cada encuentro. No corresponden necesariamente a las lecturas de la misa de ese día.

Nuestro camino hasta Belén

1. **Esperanza**
   Primer domingo de Adviento
   29 de noviembre de 2026

2. **Paz**
   Segundo domingo de Adviento
   6 de diciembre de 2026

3. **Alegría**
   Tercer domingo de Adviento
   13 de diciembre de 2026

4. **Amor**
   Cuarto domingo de Adviento
   20 de diciembre de 2026

5. **Nochebuena**
   Dios viene a nuestra casa
   24 de diciembre de 2026

6. **Navidad**
   El Hijo de Dios vive entre nosotros
   25 de diciembre de 2026

7. **Magos de Oriente**
   Una inmensa alegría
   6 de enero de 2027



PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Esperanza

29 de noviembre de 2026

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Esperanza

El domingo encendemos la vela

MONICIÓN

Hoy comenzamos el Adviento. Nos reunimos con nuestras esperas, con las personas que llevamos en el corazón y con el deseo de recibir a Jesús. Al encender esta primera vela, recordamos que Dios viene a nuestro encuentro. Escuchemos cómo José recibió la noticia de la llegada de Emmanuel: Dios con nosotros.

Encendemos la primera vela morada de la corona.

EVANGELIO *Mateo 1,18-25*

> 18 La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. 19 José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. 20 Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. 21 Dará a luz un hijo y tú le pondrás por

nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». 22 Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta: 23 «Mirad: la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Enmanuel, que significa "Dios-con-nosotros"». 24 Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer. 25 Y sin haberla conocido, ella dio a luz un hijo al que puso por nombre Jesús.



SILENCIO

Guardamos unos instantes de silencio. ¿Qué espera hoy cada uno de nosotros? Podemos contárselo a Jesús y pedirle que nos acompañe mientras esperamos.

ORACIÓN

Jesús, encendemos esta primera vela porque te estamos esperando.

Tú conoces lo que deseamos, las personas que echamos de menos y esas preguntas que a veces nos cuesta decir en voz alta.

Hay días en que esperar se nos hace largo. Nos gustaría saber que todo saldrá bien, tener

cerca a quienes queremos y encontrar pronto una respuesta.

Quédate con nosotros en la espera. Enséñanos a confiar en tu amor también cuando todavía no vemos el camino.

Que en esta casa haya una luz para quien se sienta solo, tiempo para escuchar y alguien dispuesto a abrir la puerta.

Mientras esperamos tu nacimiento, ayúdanos a acercarnos a quienes nos necesitan.

Ven, Señor Jesús. Haz crecer nuestra esperanza.

AMÉN.

UN GESTO PARA LA SEMANA

Esta semana podemos encender una vela y rezar por alguien que esté esperando una noticia o necesite compañía.



CUENTO 1

La ventana encendida

Para leer durante la semana

La abuela decía que noviembre entraba en las casas por los pies. Por eso llevaba dos pares de calcetines y miraba con cierta desconfianza las puertas abiertas, como si detrás de cada una estuviera el invierno esperando una invitación.

Aquella tarde, sin embargo, fue ella quien abrió la ventana del salón.

—Acércame el farol, Inés.

Era un farol pequeño, de latón, con un cristal torcido que nadie conseguía enderezar. Inés lo llevó con las dos manos.

—¿Para qué lo quieres?

—Para ponerlo aquí.

—Pero no se ve casi nada.

La abuela encendió la vela y cerró el cristal.

—Desde dentro, no mucho. Habrá que verlo desde fuera.



Desde dentro, no mucho. Habrá que verlo desde fuera.

Inés no respondió. Tenía nueve años y llevaba toda la tarde procurando no preguntar una cosa. Lo había conseguido durante la comida, mientras recogían los platos y durante los siete minutos que había tardado en ordenar sus lápices. Ahora ya no podía más.

—¿Papá vendrá en Navidad?

La abuela mantuvo una mano sobre el farol.

—Eso esperamos, cariño.

—Pero ¿vendrá?

Su padre trabajaba lejos desde septiembre. Los domingos llamaba después de cenar y preguntaba por el colegio, por el frío y por

una muela que Inés había perdido hacía tanto tiempo que la nueva estaba casi crecida. Últimamente decía que aún no sabía qué días podría volver.

—Todavía no lo sabemos.

Inés apoyó la frente en el cristal de la ventana. Enfrente estaba la casa del señor Julián, con las persianas bajadas.

—Entonces no me gusta esperar.

La abuela le alisó el pelo sin decir nada.

Prepararon la corona de Adviento sobre un plato grande. Tenía ramas verdes, cuatro velas y un lazo que siempre acababa dentro de la mantequilla, aunque nadie sabía explicar cómo.

Mamá encendió la primera vela, la morada. Después leyó unas palabras del Evangelio:

—«Le pondrán por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros».

Inés miró el hueco del aparador donde colocarían el belén.

—¿Y por qué tardó tanto en venir?

Mamá dejó el libro sobre las rodillas.

—Eso también se lo preguntarían muchos de los que lo esperaban.

—¿Y no se cansaban?

—Seguro que sí.

La respuesta sorprendió a Inés. Había pensado que las personas de la Biblia serían mejores esperando que ella.

La abuela acercó su silla.

—María también tuvo que esperar a que naciera. Y preparar su ropa. Y dormir como pudiera con aquella barriga.

Inés se imaginó a María dándose la vuelta en la cama, buscando una postura cómoda. Nunca había pensado en eso.

—¿Y Jesús daba patadas?

Mamá sonrió.

—Era un bebé de verdad, Inés.

Se quedó mirando la llama. Dios había sido tan pequeño como su primo Nicolás. Habría tenido las uñas diminutas. Habría cerrado la mano alrededor de un dedo.

Antes de recoger, pidió en voz baja que papá pudiera volver.

El lunes, al regresar del colegio, vio al señor Julián delante de su puerta. Llevaba una bolsa de pan y buscaba las llaves con el gesto de quien sospecha que sus bolsillos se han puesto de acuerdo para burlarse de él.

Inés encontró una llave junto al escalón.

—Se le ha caído.

—Ah. Ya decía yo.

El señor Julián tenía unas cejas enormes. Cuando fruncía el ceño, parecía que dos escobillas intentaban barrerle la nariz.

La niña señaló su ventana.

—¿No va a poner luces?

—Este año, no.

—Nosotros hemos puesto un farol.

—Ya lo he visto.

Lo dijo mirando hacia la casa de Inés. Después abrió la puerta y entró.

—Antes ponían un belén muy grande —contó mamá aquella noche—. Su mujer hacía las montañas con papel de embalar.

Inés recordaba a la señora Carmen dándole mandarinas. Siempre decía que se llevara dos, porque una sola iba muy triste en el bolsillo.

—¿Está triste todavía?

—La echa mucho de menos.

Inés pensó en las persianas cerradas.

—¿Podemos llevarle merienda?

Prepararon chocolate. La abuela buscó una jarra con tapa e Inés escogió seis bizcochos, aunque uno se rompió y hubo que comérselo para que la bandeja quedara presentable.

El señor Julián tardó en abrir.

—No hacía falta molestarse.

Pero se apartó para que pasaran.

El salón olía a madera y a casa cerrada. Junto al aparador había una caja con la palabra «Navidad» escrita en letras azules.

Mientras mamá servía el chocolate, Inés preguntó:

—¿Ahí está el belén?

El hombre asintió.

—Carmen sabía colocarlo. Yo solo sacaba las cosas.

—Yo también sé sacar cosas.

Por primera vez, las cejas del señor Julián se separaron un poco.

Abrieron la caja.

Había un pastor sin pie, tres ovejas envueltas en un calcetín y un san José que conservaba pegado un trocito de espumillón. El señor Julián sostuvo el pesebre durante un buen rato.

—Ella ponía al Niño al final.

Inés lo encontró dentro de una cajita.

Era pequeño. Tenía los brazos abiertos.

—Mi abuela dice que Jesús fue un bebé de verdad.

—Sí —respondió Julián.

—Entonces lloraría cuando tenía frío.

El hombre pasó el pulgar por el borde del pesebre.

—Supongo que su madre lo cogería enseguida.

Dejaron las figuras sobre el aparador. Antes de marcharse, Inés ayudó a subir la persiana.

Aquella noche llamó papá. Todavía no tenía noticias del viaje.

A Inés le tembló un poco la boca, pero pudo contarle lo de las ovejas guardadas en un calcetín. Papá se rio y quiso saber si olían a pies.

Después de colgar, la niña fue hasta la ventana.

Al otro lado de la calle había una luz encendida. El señor Julián estaba colocando algo junto al cristal. Levantó una mano al verla.

Inés levantó la suya.

Luego acercó el farol, con cuidado, para que pudiera verlo mejor.

—Jesús —susurró—, cuida a papá esta noche.

Se quedó pensando un momento.

—Y al señor Julián también.

La abuela vino a cerrar las cortinas, pero Inés dejó una pequeña abertura.

La anchura justa para que pasara la luz.



SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Paz

6 de diciembre de 2026

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

Paz

El domingo encendemos la vela

MONICIÓN

Hoy encendemos la segunda vela de Adviento. Ponemos ante Jesús nuestras relaciones, las palabras que nos acercan y las heridas que necesitan cuidado. Él conoce nuestra historia y nos invita a buscar la reconciliación. Escuchemos su palabra con el deseo de dar un primer paso, por pequeño que sea.

Encendemos la primera vela y la segunda, ambas moradas.

EVANGELIO *Mateo 5,23-25*

> 23 Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda
> sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu
> hermano tiene quejas contra ti, 24 deja allí tu
> ofrenda ante el altar y vete primero a reconci-
> liarte con tu hermano, y entonces vuelve a pre-
> sentar tu ofrenda. 25 Con el que te pone pleito
> procura arreglarte enseguida, mientras vais to-
> davía de camino, no sea que te entregue al juez y
> el juez al alguacil, y te metan en la cárcel.
>
> *[Pendiente de incorporar el texto oficial de la Conferencia Episcopal Española.]*

SILENCIO

Guardamos unos instantes de silencio. ¿Hay alguna palabra, disculpa o gesto que pueda ayudar a cuidar la paz en nuestra familia? Cada uno puede hablar con Jesús en su interior.

ORACIÓN

Jesús, tú eres nuestra paz.

Al encender esta segunda vela ponemos ante ti a nuestra familia: lo que nos une y también lo que nos cuesta hablar.

Tú conoces las palabras que nos han hecho daño, las veces que hemos querido tener siempre la razón y los abrazos que hemos ido dejando para otro día.

Danos valor para pedir perdón y paciencia para escuchar sin preparar una respuesta. Ayúdanos a reparar el daño que hayamos causado y a cuidar la confianza, poco a poco.

Te pedimos por quienes viven separados, por las familias heridas y por quienes sufren la violencia y la guerra.

Que tu paz encuentre sitio en nuestra mesa, en nuestras conversaciones y en nuestras manos.

Hoy queremos dar contigo un primer paso.

AMÉN.

UN GESTO PARA LA SEMANA

Durante la semana busquemos un momento para escuchar, pedir perdón o dar un paso que ayude a reparar una relación.



CUENTO 2

La carta que nadie quería entregar

Para leer durante la semana

El señor Julián tenía dos hijos, un reloj que adelantaba siete minutos y una mesa demasiado grande para comer solo.

El reloj podía arreglarlo cualquier relojero. La mesa habría podido cambiarla por otra. Lo de sus hijos llevaba tres años sin saber cómo remediarlo.

Andrés vivía a cuatro calles. Tomás, al otro extremo del pueblo. Los dos visitaban a su padre, le traían fruta y comprobaban la calefacción. Pero nunca coincidían.

—¿Ha venido mi hermano?

La pregunta, dicha por uno o por otro, significaba siempre lo mismo: ¿puedo quitarme el abrigo?

Habían discutido al cerrar la carpintería familiar. Hubo cuentas, meses difíciles y decisiones tomadas sin consultar. Después llegaron unas palabras que ninguno había olvidado y otras que ambos aseguraban no haber dicho.

Julián recordaba especialmente el portazo. Hizo temblar los vasos del aparador.

Desde que Inés lo había ayudado a sacar el belén, Julián dejaba levantada la persiana del salón.

Aquel sábado, la niña fue con su madre a llevarle caldo. Lo encontraron envuelto en una manta, con una libreta sobre las rodillas. Últimamente se cansaba mucho, y hasta abrir la puerta le exigía descansar después.

—¿Está haciendo la lista de los Reyes? —preguntó Inés.

—Algo más difícil.

En la hoja había escrito «Queridos hijos» y, debajo, una mancha de tinta.

—Se le ha escapado un borrón.

—Sí. Ese ha sido el que más deprisa ha salido.

Inés se acercó al belén. Las ovejas seguían juntas, como si todavía recordaran el calcetín donde habían pasado el año.

—Mañana encendemos la vela de la paz.

Julián miró la hoja.

—Pues me vendrá bien un poco.

La madre de Inés se sentó a su lado mientras la niña enderezaba al pastor.

—¿Quieres que los llame?

Él tardó en contestar.

—A los dos. Diles que vengan mañana por la mañana. Y que esta vez, por favor, se quiten el abrigo.

El domingo, Andrés llegó primero. Traía mandarinas.

Tomás apareció cinco minutos después con una bolsa de peras.

De pequeños habían podido repartirse una sola naranja sin discutir. Ahora dejaron la fruta en extremos opuestos de la mesa.

Su padre estaba sentado junto a la ventana. Los llamó con un gesto.

—Acercaos, que hoy no tengo voz para hablaros desde tan lejos.

Andrés arrimó una silla. Tomás permaneció de pie hasta que su hermano apartó la otra con el pie.

Julián sacó un sobre del bolsillo de la bata. Había escrito los dos nombres con letras grandes y torcidas.

—Esto es para vosotros.

Andrés fue a cogerlo, pero su padre lo sostuvo un instante más.

—Para los dos.

Tomás puso una mano bajo el sobre.

—¿Qué es?

—Una carta. Me ha costado bastante. La pluma tiene más años que vosotros y peor carácter.

Sonrieron apenas.

—Leedla juntos cuando os deje tranquilos.

Después preguntó por los nietos. Escuchó las respuestas con los ojos cerrados, aunque los abría en cuanto alguien bajaba la voz.

Cuando se quedó dormido, sus hijos llevaron las tazas a la cocina. Andrés lavó. Tomás secó.

Durante unos minutos solo se oyó el agua.

Julián murió aquella tarde.

Estaba en su cama y sus hijos lo acompañaban. Por la mañana les había apretado las manos; ahora eran ellos quienes sostenían las suyas.

Cuando llegó la madre de Inés, los encontró sentados en el salón. Había llamadas que hacer, personas a quienes avisar. Ella se ocupó de preparar café.

El sobre seguía junto al frutero.

Tomás lo miró.

—Tendríamos que leerla.

Andrés asintió, pero ninguno se movió.

Finalmente, el pequeño acercó su silla. Andrés abrió el sobre.

Queridos hijos:

No sé escribir estas cosas. Vuestra madre sabía. Yo era más de comprobar si habíais cerrado bien las ventanas.

Os echo de menos juntos.

Cuando viene uno, me alegro. Cuando viene el otro, también. Después me quedo pensando en lo que no puedo contar sin que alguno se ponga triste o cambie de conversación.

Yo también he tenido miedo de hablar. Perdonadme por eso.

No sé arreglar las cuentas del taller. Hay cosas que tendréis que aclarar vosotros. Pero me acuerdo de Tomás esperando despierto cuando Andrés salía de noche, y de Andrés llevando a Tomás a cuestas cuando se abrió el pie en el río. Aquello también ocurrió. No dejéis que la última discusión se quede con toda vuestra historia.

Andrés dejó de leer. Tomás esperó, mirando sus manos.

Estos días tengo delante el belén. Pienso mucho en que fue Dios quien vino a buscarnos. Nosotros todavía andábamos lejos y Él ya venía de camino.

Nosotros todavía andábamos lejos y Él ya venía de camino.

Jesús es nuestra paz. Lo he oído muchas veces en misa. Ahora le pido que os ayude a dar el primer paso, aunque os tiemble la voz.

No hace falta que sepáis resolverlo todo mañana. Podéis empezar escuchando.

Os quiero a los dos.

Papá.

El reloj dio las ocho cuando todavía faltaban siete minutos.

—Te dejé solo con el taller —dijo Andrés.

Tomás se frotó la frente.

—Sí.

Su hermano bajó la mirada.

Pasó un rato antes de que Tomás añadiera:

—Y yo te dije que habríamos estado mejor sin ti.

—Me acuerdo.

—No era verdad.

Andrés dobló la carta, siguiendo cuidadosamente los pliegues que había hecho su padre.

—Podemos mirar las cuentas otro día.

—Sí.

—Mañana... ¿venís a comer a casa?

Tomás empezó a llorar antes de poder responder. Su hermano acercó la silla un poco más.

Al otro lado de la calle, Inés encendió con su madre la segunda vela de Adviento.

Rezaron por el señor Julián y por sus hijos.

En la casa de enfrente, los dos hermanos seguían sentados junto a la ventana. La carta descansaba entre ellos.

Sobre el aparador, san José conservaba su trocito de espumillón. Y el pesebre esperaba al Niño que había venido a buscarlos.



TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Alegría

13 de diciembre de 2026

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Alegría

El domingo encendemos la vela

MONICIÓN

Hoy encendemos la vela rosa: Jesús está cerca. Venimos con nuestras alegrías y también con lo que nos pesa. Escucharemos cómo María fue al encuentro de Isabel llevando a Jesús en su seno. Abramos el corazón a esa visita y a la alegría de sabernos acompañados por Dios.

Encendemos las dos velas moradas anteriores y la tercera vela, de color rosa.

EVANGELIO *Lucas 1,39-45*

39 En aquellos mismos días, María se levantó y se
puso en camino de prisa hacia la montaña, a una
ciudad de Judá; 40 entró en casa de Zacarías y sa-
ludó a Isabel. 41 Aconteció que, en cuanto Isabel
oyó el saludo de María, saltó la criatura en su
vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo 42 y, le-
vantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las
mujeres, y bendito el fruto de tu vien-
tre! 43 ¿Quién soy yo para que me visite la madre
de mi Señor? 44 Pues, en cuanto tu saludo llegó a
mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vien-

tre. 45 Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».



SILENCIO

Guardamos unos instantes de silencio. ¿Qué visita o gesto de cariño agradecemos hoy? ¿A quién podríamos acompañar durante estos días? Podemos compartirlo libremente.

ORACIÓN

Jesús, encendemos esta vela rosa porque tu nacimiento está cerca.

Gracias por las cosas pequeñas que alegran nuestros días: una visita, una risa que llega cuando no la esperábamos, una voz querida que pregunta cómo estamos.

Hoy te traemos también nuestras tristezas. Contigo podemos decir que estamos cansados, que alguien nos falta o que esta Navidad nos cuesta un poco más.

Como María llevó tu presencia a casa de Isabel, ayúdanos a llevar compañía a quien la necesita. Que sepamos alegrarnos por lo bueno

que les sucede a otros y hacer sitio a quien hoy no tiene ganas de sonreír.

Abre nuestros ojos a los regalos de cada día. Que la alegría de sabernos amados por ti crezca en esta familia y llegue también a nuestros vecinos.

Qué bueno que vengas, Jesús. Te estamos esperando.

AMÉN.

UN GESTO PARA LA SEMANA

Pensemos en alguien a quien podamos visitar o llamar. Reservemos un rato para escuchar cómo está.



CUENTO 3

El bolsillo de los días buenos

Para leer durante la semana

La señora Mercedes guardaba los botones en una lata de galletas. Era una costumbre bastante extendida entre las costureras y bastante decepcionante para los niños.

Inés había abierto aquella lata tres veces en su vida. En ninguna ocasión había mejorado su contenido.

—Los de nácar no se comen tampoco —dijo Mercedes, sin levantar la vista de la costura.

La niña cerró la tapa.

Había ido con su madre a llevar un abrigo. Era de Tomás, el hijo pequeño del señor Julián, y necesitaba un forro nuevo.

—Dice que no corre prisa —explicó mamá.

—Entonces estará antes. Las prendas que tienen prisa se me amontonan en esa silla y empiezan a mirarme.

La silla desaparecía bajo una montaña de pantalones.

Inés sonrió. Mercedes también, aunque la sonrisa le duró poco.

A Mercedes le gustaba diciembre.

Otros años colgaba una campanilla en la puerta, cantaba mientras cosía y tenía caramelos en un cuenco que jamás había confundido con la lata de botones.

Pero aquel año su hija se había marchado a vivir lejos con los niños. Tenían trabajo, colegio y una casa pequeña cuyas ventanas Mercedes conocía por las fotografías. Se alegraba por ellos. Lo decía siempre que alguien preguntaba.

Después preguntaban:

—¿Vendrán por Navidad?

Y entonces tenía que explicar que no.

Al llegar a casa, encontraba las sillas en el mismo sitio donde las había dejado. Nadie había perdido un calcetín ni necesitaba cartulina para el día siguiente. Hasta las galletas duraban demasiado.

El domingo trece de diciembre, al volver de misa, se quitó el abrigo sin encender la radio.

El sacerdote había hablado de la alegría. La vela era rosa y los niños habían cantado con tanto entusiasmo que uno siguió cuando todos los demás habían terminado.

Mercedes se había reído.

Ahora, en el silencio del taller, le pareció que aquella alegría les quedaba muy lejos a sus manos.

Decidió descoser el forro del abrigo de Tomás.

Era una prenda buena, con los puños gastados. Al abrir la costura de un bolsillo, encontró una canica, dos migas muy antiguas y un papel doblado.

En el papel había un dibujo.

Se veía a un hombre con piernas de palo, una niña y algo que podía ser un perro o una mesa con orejas. Encima, con letras grandes, alguien había escrito:

VALE POR UN DÍA BUENO CON PAPÁ. AUNQUE LLUEVA.

Debajo había una condición:

SIN COMPRAR ZAPATOS.

Mercedes soltó una carcajada.

Conocía aquella clase de condiciones. Una vez había llevado a su nieto a ver los patos y había aprovechado para comprarle unos pantalones. El niño lo consideró un engaño durante todo el invierno.

Volvió a mirar el dibujo.

Después se echó a llorar, todavía con una pequeña risa atravesada en la garganta.

Así la encontró Inés cuando llegó con su abuela.

—¿Te has pinchado?

Mercedes dejó el papel sobre la mesa.

—No, cariño. Hoy no.

La abuela se quitó el abrigo.

—Vamos a poner agua.

No le dijeron que debía animarse. La abuela buscó las tazas e Inés se sentó a su lado.

Mercedes les enseñó el dibujo.

—Lo habrá hecho la hija de Tomás —dijo la niña—. Dibuja los perros así. Siempre parece que se les puede poner un mantel.

Se rieron las tres.

Luego Mercedes habló de sus nietos. Del pequeño, que dormía con una cuchara de madera, y de la mayor, que le pedía vestidos con bolsillos suficientemente grandes para guardar piedras.

—Me alegro de que estén bien —dijo—. Pero los echo tanto de menos que a veces me da rabia ver encendidas las luces de Navidad.

Bajó los ojos, avergonzada.

La abuela dejó su taza.

—Puedes contárselo a Jesús también.

—No voy a ir a quejarme precisamente en su cumpleaños.

—Mujer, si ha venido a estar con nosotros, habrá que dejarlo entrar también en esto.

Mercedes se quedó mirando el vapor.

—Esta mañana han dicho que estemos alegres.

—Sí. Y yo creo que puedes empezar por dejar que te acompañemos mientras estás triste.

Sobre la mesa había un pequeño Evangelio que Mercedes guardaba junto a las gafas.

La abuela lo abrió por el relato de la visita de María a Isabel.

Inés conocía la historia, pero aquella mañana se fijó en una cosa.

—María fue a su casa.

—Sí.

—No esperó a que Isabel viniera.

La abuela asintió.

Leyeron cómo Isabel se llenó de alegría al recibir a María, que llevaba a Jesús en su seno.

Mercedes acarició el borde de la página.

Durante mucho tiempo había imaginado aquella visita como una estampa: dos mujeres con vestidos limpios, quietas en una puerta. Ahora pensó en el camino, en el cansancio de María, en el agua que Isabel le habría ofrecido. En lo bien que debía de sentar oír una voz querida dentro de casa.

En lo bien que debía de sentar oír una voz querida dentro de casa.

Miró las tres tazas.

—¿Os quedaríais a comer? Tengo sopa para varios días.

—Podemos solucionarte eso —dijo la abuela.

Por la tarde vino Tomás.

Mercedes le entregó el dibujo antes de enseñarle el abrigo.

Él lo sostuvo con cuidado.

—Pensé que lo había perdido.

Su hija se lo había dado meses atrás. El día prometido seguía pendiente.

—Siempre surgía algo —dijo.

Sacó el teléfono y llamó a casa.

—Dile que se ponga las botas. Vamos a pasear.

Escuchó la respuesta y sonrió.

—Sí, aunque llueva.

Mercedes le prestó un paraguas y volvió a sentarse. Quedaba trabajo. También quedaba sopa y, dentro de un rato, llamaría a sus nietos.

Antes de enhebrar la aguja, miró el Evangelio abierto.

—Gracias por la visita, Jesús —murmuró.

Luego buscó la campanilla de la puerta.

Estaba en un cajón, debajo de unas cintas. La colgó y la hizo sonar una vez, para comprobar que todavía sabía.

Aquella noche seguía echando de menos a los niños.

Pero cuando llamó su hija, Mercedes tenía algo que contar.



CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

Amor

20 de diciembre de 2026

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

Amor

El domingo encendemos la vela

MONICIÓN

La Navidad está muy cerca. Hoy miramos a José, que recibió a María y acogió al Niño. El Hijo de Dios quiso entrar en una familia y dejarse cuidar. Mientras encendemos la cuarta vela, pensemos en las personas que nos han sido confiadas y preparemos nuestra casa para recibir a Jesús.

Encendemos las tres velas anteriores y la cuarta, morada. Las cuatro quedan encendidas.

EVANGELIO *Mateo 1,24-25*

> 24 Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer. 25 Y sin haberla conocido, ella dio a luz un hijo al que puso por nombre Jesús.

SILENCIO

Guardamos unos instantes de silencio. ¿Quién necesita hoy nuestra atención? Pensemos en una manera concreta de cuidar de esa persona y demos gracias por quienes cuidan de nosotros.

ORACIÓN

Jesús, al encender esta cuarta vela pensamos en tus manos pequeñas, en María sosteniéndote y en José pendiente de tu sueño.

Tú, que eres el Hijo de Dios, quisiste necesitar cuidados. Te dejaste llevar en brazos, abrigar y alimentar.

Enséñanos a amar así, con tiempo, con atención y con ternura.

Ayúdanos a dejar lo que tenemos entre manos cuando alguien necesita que lo escuchemos. Que sepamos pedir ayuda sin vergüenza y recibir con gratitud el cariño de los demás.

Te pedimos por quienes cuidan a niños, a personas mayores y a enfermos. Sostén su cansancio y dales compañía.

Que en nuestra casa nadie tenga que ganarse el amor portándose siempre bien o haciéndolo todo perfecto. Y que, cuando nos equivoquemos, aprendamos a pedir perdón y a empezar de nuevo.

Jesús, haz nuestro corazón más atento.
Queremos recibirte y cuidar de ti.
AMÉN.

UN GESTO PARA LA SEMANA

Busquemos un momento para estar juntos sin prisas ni pantallas. Cada uno puede proponer algo sencillo que le gustaría compartir.



CUENTO 4

Un abrigo con las mangas largas

Para leer durante la semana

Tomás tenía la costumbre de decir «ahora voy» desde cualquier habitación de la casa. Lo decía con tanta seguridad que, durante años, su hija había creído que aquellas palabras significaban que estaba llegando.

Con el tiempo, Clara aprendió que podían significar muchas cosas: que buscaba las llaves, que terminaba una llamada o que había olvidado por completo para qué lo habían llamado.

Aquel domingo, el último antes de Navidad, llevaba toda la mañana llegando.

—Papá, ¿me ayudas con el belén?

—Ahora voy.

Clara puso las ovejas.

—Papá, no encuentro el puente.

—Enseguida.

Clara hizo un río que terminaba contra la pared. Le pareció un destino poco conveniente para el agua, pero no supo cómo remediarlo.

Desde el paseo bajo la lluvia, una semana antes, había esperado otra tarde con su padre. Aquel día habían vuelto empapados. Tomás había metido un pie en un charco que, según Clara, se veía perfectamente desde cualquier país del mundo.

Habían comprado castañas y él no había mirado el teléfono ni una vez.

Clara conservaba la bolsa vacía en su habitación.

Cuando Tomás apareció, llevaba las llaves en la mano.

—Tenemos que salir.

—Pero el belén...

—Luego lo terminamos. Vamos a comprar unas cosas.

Había pensado comprarle unas botas nuevas, un vestido para Nochebuena y un juego que ella había señalado en un escaparate.

Desde la muerte de su padre le preocupaba que la casa estuviera triste. Cuando veía a Clara callada, se le ocurría alguna cosa que podría regalarle.

La niña cogió la figura del Niño Jesús.

La había dejado junto al río para que no se perdiera entre los papeles. Al levantarse, tropezó con una caja.

La figura cayó.

Se oyó un golpe pequeño, apenas nada.

Una de las manos quedó debajo de la mesa.

—Clara, ten cuidado —dijo Tomás—. Te he dicho muchas veces que no dejes todo por el suelo.

La niña se agachó sin responder.

Encontró la mano, recogió al Niño y se quedó con ambas piezas en la palma.

—Era del abuelo.

Tomás dejó de buscar las llaves en el bolsillo. Ya las tenía en la mano.

Clara no lloró enseguida. Primero apretó los labios, como si todavía pudiera impedir que hubiera ocurrido.

—Podemos comprar otro —dijo él.

Entonces empezó a llorar.

Tomás miró la figurita. Tenía una pequeña mancha azul en la espalda. Recordó a su padre pintando el portal sobre la mesa de la cocina, con un pincel demasiado grueso y las gafas resbalándole por la nariz.

Se sentó en el suelo.

—A ver. Enséñamelo.

Clara abrió la mano.

La rotura era limpia.

—Creo que podemos arreglarlo.

—¿Tú sabes?

—El abuelo me enseñó a arreglar unas cuantas cosas.

La niña se secó la nariz con la manga.

Tomás estuvo a punto de decirle que usara un pañuelo. En cambio, sacó el suyo y se lo dio.

—Perdona por haberte hablado así.

Clara apoyó la figura sobre un trozo de papel.

—Yo solo quería ponerlo contigo.

Buscaron pegamento en tres cajones.

Ayúdame a estar aquí cuando estoy en casa.

Encontraron pilas gastadas, una llave sin puerta conocida y las instrucciones de una batidora que había dejado de existir hacía seis años.

Finalmente Tomás llamó a su hermano.

—Andrés, ¿tienes el pegamento que usábamos para las figuras?

Escuchó un momento.

—Sí. Ese.

Volvió a escuchar y miró a Clara.

—Dice tu tío que no pongamos demasiado. Que yo siempre ponía demasiado.

—Pues hazle caso.

Tomás sonrió.

Salieron a recogerlo. Andrés vivía cerca, pero el aire se había vuelto frío y Clara empezó a temblar a mitad de camino.

Su padre se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros.

Era el que Mercedes acababa de arreglar. El forro nuevo olía un poco a plancha.

A Clara las mangas le colgaban por debajo de las manos.

—Parezco una señora muy pequeña.

—Una señora con mucho abrigo.

Tomás se agachó para abrocharle un botón.

Por un instante recordó cuántas veces su padre había hecho aquel mismo gesto.

En casa, colocaron la mano con una gota de pegamento.

Clara acercó un dedo para sujetarla.

—Muy suave —dijo Tomás.

Esperaron inclinados sobre la mesa.

La niña miró los pies desnudos de la figura.

—¿Jesús tendría frío?

—Sí, claro.

—¿Y María le pondría un abrigo?

—Lo envolvería bien. Y lo cogería en brazos.

Clara pensó un momento.

—Si era Dios, ¿por qué no se calentaba solo?

Tomás miró aquellas manos diminutas.

—Porque se hizo un niño de verdad. Necesitaba que lo cuidaran.

—¿También que le limpiaran la nariz?

A Tomás se le escapó una risa.

—También.

Clara contempló la figura con una atención nueva.

—Pues María tendría mucho trabajo.

—Y san José.

Se quedaron callados.

Después ella preguntó:

—¿Tú crees que Jesús sabe cuánto echo de menos al abuelo?

Tomás dejó el pegamento sobre la mesa.

—Sí, cariño. Jesús también lloró cuando murió alguien a quien quería.

Clara se acercó a su padre. Él la sentó sobre sus rodillas.

Esta vez no buscó nada que comprarle.

Cuando la figura estuvo lista, terminaron el belén.

Tomás encontró el puente dentro del portal y Clara consiguió que el río llegara a algún sitio. Dejaron el pesebre vacío hasta Nochebuena y guardaron al Niño en una cajita, sobre algodón.

Por la tarde encendieron la cuarta vela de Adviento.

Clara quiso dar gracias porque a Jesús se le había arreglado la mano. Tomás dio gracias por su hermano.

Luego añadió:

—Y ayúdame a estar aquí cuando estoy en casa.

La niña lo miró, pero no dijo nada.

Más tarde, mientras él preparaba la cena, sintió dos golpecitos en la espalda.

Clara estaba detrás, envuelta otra vez en su abrigo. Había levantado una manga vacía hasta el hombro de su padre.

—¿Qué haces?

—Taparte. Tú también tendrás frío.

Tomás se volvió y la abrazó, con abrigo y todo.

La cena tuvo que esperar un poco.



DIOS VIENE A NUESTRA CASA

Nochebuena

24 de diciembre de 2026

DIOS VIENE A NUESTRA CASA

Nochebuena

Antes de la cena

MONICIÓN

Antes de comenzar esta cena, nos detenemos para dar gracias. Esta noche celebramos que Jesús ha nacido y ha querido compartir nuestra vida. Pidamos que en nuestra mesa haya acogida y en nuestro corazón sitio para los demás. Escuchemos el relato de su nacimiento.

Nos reunimos alrededor de la mesa antes de servir la cena. Podemos mirar hacia el belén.

EVANGELIO *Lucas 2,1-7*

> Sucedió en aquellos días que salió un decreto
> del emperador Augusto, ordenando que se em-
> padronase todo el Imperio. 2 Este primer empa-
> dronamiento se hizo siendo Cirino gobernador
> de Siria. 3 Y todos iban a empadronarse, cada
> cual a su ciudad. 4 También José, por ser de la
> casa y familia de David, subió desde la ciudad de
> Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se
> llama Belén, en Judea, 5 para empadronarse con
> su esposa María, que estaba encinta. 6 Y sucedió
> que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiem-

po del parto [7] y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada.

SILENCIO

Hacemos un breve silencio y recordamos con cariño a quienes están lejos, a quienes han muerto y a quienes esta noche están solos.

ORACIÓN

Padre bueno, esta noche te damos gracias porque tu Hijo Jesús ha nacido entre nosotros.

Gracias por esta mesa, por los alimentos que vamos a compartir y por las manos que los han preparado. Gracias por cada persona que está aquí, con su historia, sus alegrías y sus preocupaciones.

Recordamos con cariño a quienes están lejos y confiamos a tu amor a quienes han muerto. Su lugar sigue siendo querido en nuestra familia.

Te pedimos por quienes cenan solos, por quienes no tienen hogar y por quienes esta noche trabajan cuidando de otros. Muéstranos

cómo podemos acompañarlos y compartir lo que tenemos.

Bendice estos alimentos y nuestra conversación. Que sepamos escucharnos, reír juntos y agradecer el regalo de estar reunidos.

Haz sitio en nuestro corazón para quien llegue.

Por Jesucristo, tu Hijo, que esta noche contemplamos pequeño en el pesebre.

AMÉN.



CUENTO 5

El sitio junto a la puerta

Para leer en familia

La madre de Inés llevaba desde las cuatro diciendo que aquel año no iba a complicarse con la cena.

A las siete había utilizado todas las cazuelas.

La abuela pelaba patatas con la tranquilidad de quien sabe que, tarde o temprano, alguien tendrá que sentarse a comer. Inés doblaba servilletas. Había aprendido a convertirlas en abanicos, aunque, en cuanto dejaba de sujetarlos, los abanicos volvían a ser servilletas con dificultades.

Papá había llegado la noche anterior.

Durante unos minutos, Inés no le había permitido quitarse el abrigo. Lo abrazaba por la cintura, con la cara hundida entre los botones, mientras él sostenía la maleta y se reía con los ojos mojados.

Ahora estaba en la cocina, obedeciendo instrucciones.

—Eso no. La fuente grande.

—Esta es grande.

—La otra grande.

Había descubierto que una cocina podía contener numerosos objetos grandes y que solo uno era el correcto.

La mesa estaba preparada para seis.

Vendrían también la tía Elena y su hijo pequeño, que comía sentado sobre dos cojines y consideraba las aceitunas una forma de entretenimiento.

La abuela contó las sillas.

—Falta una.

Sacaron la del escritorio. Era más baja que las demás y tenía un tornillo que se quejaba cada vez que alguien cambiaba de postura.

La pusieron junto a la puerta.

—Ahí me siento yo —dijo papá.

Inés colocó delante la servilleta más bonita.

Después fue al aparador. El belén estaba terminado, pero faltaba el Niño. Lo pondrían después de cenar.

—¿Lo puedo colocar yo?

—Este año te toca —respondió mamá.

Inés miró la pequeña figura, envuelta todavía en papel.

Todo estaba como tenía que estar.

El timbre sonó cuando papá intentaba averiguar qué fuente era la mediana.

En la puerta estaba la señora Mercedes.

Llevaba un bolso, una cazuela tapada y la expresión de quien espera no molestar.

—Os he traído unas peras en almíbar. Me han salido demasiadas.

La abuela miró la cazuela.

Después la miró a ella.

—¿Dónde cenas?

—En casa. Tengo cosas.

Lo dijo con ligereza, pero se había arreglado el pelo y llevaba unos pendientes pequeños que Inés no le había visto en el taller.

—Pasa —dijo mamá desde la cocina.

—No, si solo venía a dejar esto.

Papá le cogió la cazuela.

La abuela le cogió el abrigo.

Inés le cogió la mano.

Entre los tres resolvieron la cuestión antes de que Mercedes encontrara una nueva excusa.

Entonces fueron siete.

Mamá abrió el cajón de los cubiertos y permaneció un momento inmóvil.

Le pareció que, después de un viaje tan largo, también él querría estar cerca.

Había seis platos iguales. Seis vasos buenos. Seis servilletas de tela.

Inés, que la había seguido, la oyó suspirar.

—Podemos poner mi plato de flores —dijo.

—Sí, cariño.

—Y yo uso una servilleta de papel.

Mamá miró hacia el salón. Mercedes estaba de pie junto a la mesa, sujetándose el bolso con las dos manos.

Apartó el cajón.

—Mercedes, ¿me ayudas con la salsa? Creo que necesita algo y no sé qué es.

La costurera dejó el bolso enseguida.

Probó la salsa, pidió una cuchara limpia y añadió un poco del caldo que quedaba en una cazuela.

—Ahora déjala tranquila.

—¿Cuánto?

—Hasta que dejes de mirarla.

La abuela se rio desde la puerta.

La séptima silla resultó ser un taburete.

Papá lo colocó entre el suyo y el de Inés, pero Mercedes protestó:

—Ahí me siento yo. Vosotros ya lo teníais todo preparado.

—Yo llevo semanas sentado en una silla estupenda —respondió él—. Esta noche el taburete me parece magnífico.

Se acomodaron un poco más juntos.



Después de cenar, Inés trajo al Niño Jesús.

Lo llevaba sobre las palmas, despacio, como había visto llevar a los bebés muy pequeños.

Papá leyó el relato del nacimiento. Al llegar al pesebre, Inés miró su belén: el musgo limpio, el tejado bien sujeto, María arrodillada sin una mancha en el vestido.

—¿Estaría así de bonito?

La abuela negó suavemente.

—Seguramente sería bastante más pobre.

Inés se volvió hacia su madre.

—¿Y dónde lo lavaron?

Mamá tardó un instante en responder.

—Buscarían agua. Y algún paño limpio.

—¿Y María estaba cansada?

—Muchísimo, supongo.

Mercedes acercó una de las figuras que había quedado torcida.

—Menos mal que estaba José.

Inés contempló al Niño. Era extraño pensar que Dios había llegado a un lugar donde faltaban tantas cosas. Que alguien habría tenido que buscarle agua, apartar paja y acercarle una luz.

—Yo le habría dejado mi cama —dijo.

Su primo quiso saber dónde dormiría ella.

—Contigo no, que das patadas.

Todos se rieron, incluso el pequeño.

Después Inés colocó a Jesús en el pesebre.

Durante la sobremesa, Mercedes contó cómo su nieto había intentado mandar por correo una tostada.

Papá contó historias del lugar donde trabajaba. La tía Elena pidió la receta de la salsa. Nadie pareció notar que los platos eran distintos.

En un momento en que los demás hablaban, Mercedes se inclinó hacia la madre de Inés.

—Gracias. No sabía que me iba a costar tanto volver hoy a casa.

Mamá le apretó la mano bajo la mesa.

Al recoger, Inés encontró su servilleta aplastada. Intentó levantar los pliegues, pero ya no había remedio.

Desde la cocina llegaban el ruido del agua y las voces de mamá y Mercedes, que discutían amistosamente sobre quién debía fregar.

Inés dejó la servilleta junto al belén.

Luego acercó un poco más la figura de san José al pesebre.

Le pareció que, después de un viaje tan largo, también él querría estar cerca.



EL HIJO DE DIOS VIVE ENTRE NOSOTROS

Navidad

25 de diciembre de 2026

EL HIJO DE DIOS VIVE ENTRE NOSOTROS

Navidad

 *Junto al Niño Jesús*

MONICIÓN

Hoy venimos al belén para mirar a Jesús y quedarnos un momento con Él. El Evangelio llama Verbo al Hijo de Dios, su Palabra eterna, que se hizo hombre y vino a vivir entre nosotros. Escuchemos con calma y demos gracias por su presencia en nuestra vida.

Nos reunimos ante el Belén. Podemos acercar la figura del Niño para que todos la vean.

EVANGELIO *Juan 1,14-18*

> 14 Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. 15 Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». 16 Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. 17 Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. 18 A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigé-

> nito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.



SILENCIO

Miramos al Niño en silencio y comenzamos la oración. En la pausa indicada, quien quiera puede expresar una acción de gracias o nombrar a una persona por la que desea rezar.

ORACIÓN

Jesús, hoy nos acercamos a mirarte.

Qué pequeño eres. María puede tenerte en brazos y José se inclina para verte dormir.

Tú eres el Hijo de Dios, y has querido nacer como nosotros. Tendrás hambre y sueño, aprenderás a caminar, conocerás la amistad, la alegría y las lágrimas.

Gracias por venir a compartir nuestra vida. Gracias por amarnos primero, por hacerte cercano y por venir a salvarnos.

Hoy queremos quedarnos un momento contigo.

Guardamos silencio. Cada uno puede decirle a Jesús algo que agradece o una persona por la que quiere rezar.

Niño Jesús, recibe lo que llevamos en el corazón. Bendice a nuestra familia y a quienes necesitan sentirse queridos.

Enséñanos a reconocerte en el Evangelio y a servirte en las personas que encontramos cada día.

Hoy celebramos que has nacido. Qué alegría tenerte entre nosotros.

AMÉN.



CUENTO 6

La mañana de las cosas pequeñas

Para leer en familia

Mateo abrió el paquete por la esquina más difícil, como hacen los niños cuando los mayores les aconsejan empezar por la otra.

Dentro había una caja de lápices.

Eran veinticuatro, estaban ordenados por colores y olían a madera nueva. Su madre había buscado unos que no se rompieran en cuanto apretara un poco.

Mateo los miró.

Después miró debajo del árbol.

—¿No hay otro?

La tía Elena dobló el papel que acababa de recoger.

—Los Reyes todavía no han venido, cariño.

Él ya lo sabía. Pero había esperado un coche de mando a distancia. Rojo, si era posible. Aunque, en aquellas circunstancias, habría aceptado uno azul.

—Ah.

Su madre dejó de doblar el papel.

—Pensé que te gustarían. Siempre estás dibujando.

—Sí me gustan.

Lo dijo mirando debajo del sofá, por si algún regalo se había deslizado hasta allí.

Habían dormido en casa de Inés después de la cena de Nochebuena.

Desde la cocina llegaba olor a pan tostado. La abuela llevaba una zapatilla de cada clase y sostenía que ambas eran cómodas, que era lo que debía exigirse a unas zapatillas.

Mateo se sentó junto a su prima con la caja sobre las rodillas.

—Puedes dibujar un coche —propuso ella.

—Pero no anda.

Inés tuvo que reconocer que era una dificultad.

Después de desayunar fueron a misa. Mateo se abrochó mal el abrigo y metió un lápiz rojo en el bolsillo.

La iglesia estaba llena. Delante, junto al altar, habían colocado una figura del Niño Jesús sobre unas telas blancas.

Mateo se puso de puntillas.

—Es más grande que el nuestro —susurró.

Durante la lectura oyó que la Palabra se había hecho carne. Miró a su madre para preguntarle algo, pero ella estaba escuchando y decidió guardarse la pregunta.

La conservó hasta la salida, lo cual, para Mateo, fue un esfuerzo considerable.

—¿Qué quiere decir que se hizo carne?

La tía Elena le cogió la mano mientras bajaban los escalones.

—Que el Hijo de Dios se hizo hombre. Como nosotros.

—¿Con huesos?

—Con huesos.

—¿Y sangre?

—Y sangre.

Mateo pensó en una herida que tenía en la rodilla.

—¿Y si se caía le dolía?

—Sí.

Caminaron un poco.

—Entonces, cuando era pequeño, ¿qué podía hacer?

—Lo que hacen los bebés. Dormir, llorar, comer...

Mateo volvió la vista hacia la iglesia.

Le costaba entender que hubieran tocado tanto las campanas por alguien que todavía no sabía andar.

Al llegar a casa encontró a su tío sentado junto al belén. Estaba enderezando el tejado, que había amanecido inclinado sobre san José.

Mateo se agachó a su lado.

—¿Jesús no trajo nada?

Su tío dejó el tejado en su sitio.

—¿Cómo que nada?

—Un regalo. Era Dios. Podía traer algo.

El hombre lo miró unos instantes.

—¿Te acuerdas de lo que pidió Inés este año?

Mateo asintió. Su prima había hablado muchas veces de que su padre volviera.

—Cuando llegué, tenía un paquete en la maleta. Pero no me dejó abrirla. Quería que me sentara con ella.

—Porque te echaba de menos.

—Claro.

Mateo observó al Niño.

—¿Dios vino para que estuviéramos con Él?

—Sí. Vino Él mismo, porque nos quiere. A vivir nuestra vida y a salvarnos.

El niño tocó el borde del pesebre.

—Pues cabía en muy poco sitio.

Su tío sonrió.

—María podía llevarlo en brazos.

Por la tarde fueron a ver a Andrés. Había llevado a su casa el belén de su padre para conservarlo montado hasta Reyes.

Había pasado la mañana ordenando algunas cosas de su padre y tenía sobre la mesa las gafas del señor Julián, un manojo de llaves y un reloj que adelantaba siete minutos.

Al entrar, Inés miró hacia el sillón vacío.

Andrés se levantó.

—Pasad. Tomás y Clara vienen enseguida.

Mateo llevaba sus lápices. Su madre le había dicho que podía dibujar mientras hablaban los mayores.

Se instaló en un extremo de la mesa.

Primero hizo un coche rojo.

Le puso unas ruedas enormes, dos faros y un tubo de escape del que salía suficiente humo para preocupar a cualquier mecánico.

Después miró a Andrés.

El hombre sostenía las gafas de su padre. Las dobló y volvió a abrirlas.

Mateo dio la vuelta al papel.

—¿Tienes amarillo? —preguntó Inés, sentándose a su lado.

Tenía dos.

Escogieron el más luminoso.

Dibujaron una estrella grande. Inés trazó las puntas y Mateo las pintó con tanto cuidado que sacó la lengua.

En el centro hicieron un portal. Dentro apenas cabían María, José y el Niño, pero se apretaron un poco y pudieron entrar.



Dentro apenas cabían María, José y el Niño, pero se apretaron un poco y pudieron entrar.

—Falta escribir algo —dijo Inés.

Mateo pensó.

Luego le pidió que pusiera:

JESÚS ESTÁ AQUÍ.

Cuando terminaron, se acercó a Andrés.

—Es para ti.

El hombre dejó las gafas.

Miró el dibujo durante un rato.

—Gracias, Mateo.

El niño permaneció a su lado.

—Puedes estar triste —añadió—. Mercedes estuvo triste y nos quedamos con ella.

Andrés le pasó una mano por el pelo.

—¿Te quedarías tú también un poco?

Mateo arrimó una silla.

Cuando llegó Tomás, encontraron unas tijeras y recortaron la estrella.

Los hermanos la colocaron junto al belén de su padre. Clara comprobó que se viera desde la puerta.

Antes de marcharse, Mateo miró los lápices. El amarillo era ya un poco más corto que los demás.

Su madre lo ayudó a guardarlos.

—¿Qué tal pintan?

—Muy bien.

Cerró la caja y se la puso debajo del brazo.

Luego volvió corriendo hasta Andrés.

No había olvidado ningún dibujo ni necesitaba recuperar un lápiz.

Solo quería darle un abrazo antes de irse.



UNA INMENSA ALEGRÍA

Magos de Oriente

6 de enero de 2027

UNA INMENSA ALEGRÍA

Magos de Oriente

Antes de repartir el roscón

MONICIÓN

Antes de repartir el roscón, recordamos a los Magos. La estrella los llevó hasta Jesús, y encontrarlo los llenó de alegría. Hoy le ofrecemos nuestra gratitud y le pedimos que nos enseñe a seguir buscándolo y a compartir con los demás.

Colocamos el roscón en la mesa y esperamos a terminar la oración para repartirlo.

EVANGELIO *Mateo 2,9-11*

> 9 Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino y, de pronto, la estrella que habían visto
> salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño. 10 Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. 11 Entraron
> en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después,
> abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro,
> incienso y mirra.



SILENCIO

Guardamos un breve silencio. Damos gracias por un regalo recibido durante esta Navidad y pensamos en algo que podamos compartir, también cuando terminen las fiestas.

ORACIÓN

Padre bueno, los Magos se llenaron de una inmensa alegría al ver la estrella que los guiaba hacia Jesús. Cuando encontraron al Niño con María, lo adoraron y le ofrecieron sus regalos.

Hoy también nosotros queremos acercarnos a tu Hijo con gratitud y con el corazón abierto.

Bendice este roscón que vamos a compartir, a quienes lo han preparado y a todos los que se sientan a nuestra mesa.

Gracias por los regalos recibidos y por la ilusión de quienes han pensado en nosotros. Enséñanos a compartir con generosidad, a disfrutar sin querer quedarnos con lo mejor y a acordarnos de quienes tienen menos.

Que nuestra familia sepa guiar hacia Jesús con su manera de acoger, de perdonar y de cuidar.



Y que, al terminar estas fiestas, sigamos buscando a tu Hijo cada día, con aquella inmensa alegría de los Magos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

AMÉN.



CUENTO 7

La estrella de la última casa

Para leer en familia

La mañana de Reyes, Mateo descubrió que un coche de mando a distancia necesitaba pilas y que los Reyes Magos, después de recorrer el mundo entero, podían olvidarse de un detalle semejante.

Su madre encontró dos en un cajón.

El coche avanzó por el pasillo, atropelló una zapatilla y quedó atrapado debajo del sofá. Mateo se tumbó para rescatarlo.

Después de comer volvió a ocurrir lo mismo. Esta vez, desde debajo del sofá, vio los zapatos de Inés, que acababa de llegar.

—Vamos a casa de Andrés.

—Ahora no puedo. Ha habido un accidente.

Inés se arrodilló, sacó el coche y se lo entregó.

—Llevamos roscón.

Mateo decidió que el conductor podía descansar.

Andrés los recibió con la bufanda puesta.

La calefacción se había estropeado durante la noche. Sobre la mesa había una taza de café, unas herramientas y un papel con el teléfono de un hombre que no volvería hasta el día siguiente.

—Ven a merendar con nosotros —dijo la madre de Inés.

Él miró el salón.

Había empezado a recoger algunas cosas de su padre, el señor Julián, y cada objeto parecía pedirle que se quedara un rato más. En el aparador seguía el belén. Junto al portal es-

taba la estrella de papel que los niños le habían regalado en Navidad.

—No quiero dar trabajo.

—Pues traes el roscón —respondió ella, poniéndoselo en las manos.

Mateo se acercó al aparador.

—¿Podemos llevar la estrella?

Andrés despegó con cuidado la cinta que la sujetaba.

—Claro.

El niño la sostuvo por una punta.

En el centro, sobre un pequeño portal dibujado, se leía: «JESÚS ESTÁ AQUÍ».

Encontraron a Clara y a su padre al doblar la esquina.

Tomás llevaba el abrigo que había arreglado Mercedes. Clara estrenaba unas botas y pisaba con fuerza, porque las botas nuevas merecen que el suelo se entere.

—Vamos a merendar —anunció Mateo—. Yo llevo la estrella.

Tomás miró a su hermano.

—Esta noche puedes quedarte en casa. Hasta que arreglen la calefacción.

Andrés empezó a protestar.

—He preparado el cuarto —añadió Tomás.

Su hermano cerró la boca. Después asintió.

Habían hablado varias veces desde la muerte de su padre. Todavía les costaba abordar algunas cosas. Pero aquella tarde caminaron juntos, discutiendo sobre qué reparación necesitaría la caldera.

A Clara le pareció una conversación aburridísima.

A los dos hermanos les sentó bien.



Ojalá esta Navidad nos ayude a abrirle la puerta.



La última casa antes de la plaza era la de Mercedes.

Vieron luz en el taller. La costurera estaba inclinada sobre la máquina, con las gafas en la punta de la nariz.

Inés llamó al cristal.

Mercedes levantó un dedo: una costura más.

Los niños esperaron.

Después levantó otro.

La madre de Inés abrió la puerta y sonó la campanilla.

—Venimos a buscarte.

—Estoy terminando una manga.

—La otra puede esperar con ella.

Mercedes miró la calle. Andrés sostenía el roscón. Tomás se había puesto la bufanda de su hermano mientras él se abrochaba el abrigo. Los niños empañaban el escaparate con la respiración.

Apagó la máquina.

Al llegar a casa, tuvieron que alargar la mesa.

La abuela sacó el mantel grande, el de una quemadura antigua que siempre quedaba debajo de algún plato. El padre de Inés arrimó el

taburete y se sentó antes de que nadie pudiera ofrecérselo.

Clara vio el belén.

—Los Reyes todavía están lejos.

Seguían junto a una maceta, a una distancia que podía parecer pequeña a una persona, pero considerable para un camello de barro.

Los acercaron entre los tres.

Mateo puso la estrella sobre el portal. Una punta estaba doblada y el amarillo tenía zonas más oscuras, donde había apretado mucho el lápiz.

La abuela abrió el Evangelio y leyó cómo los Magos, al ver la estrella, se llenaron de una inmensa alegría; cómo encontraron al Niño con María, su madre, y lo adoraron.

—¿Adorar es querer mucho? —preguntó Clara.

—Es reconocer que Jesús es Dios y ofrecerle nuestro amor —respondió la abuela.

Mateo miró sus manos vacías.

—Nosotros no hemos traído oro.

—Podemos empezar por quedarnos un momento con Él.

Guardaron silencio.

Andrés rezó por su padre. Mercedes dio gracias por sus nietos. Inés miró a papá, sentado en el taburete, y después al Niño.

Mateo no supo qué decir.

Al final le contó que había venido todo el mundo.





Unas palabras para ti

Y ahora, apreciable lector, mientras buscan el cuchillo del roscón —que alguien ha guardado, inexplicablemente, con las cucharas—, permíteme unas palabras.

Tal vez estos cuentos te hayan parecido muy píos. O demasiado buenos. Quizá hayas pensado que las reconciliaciones son más difíciles, que hay sillas que siguen vacías y personas que llaman a una puerta sin que nadie les abra.

Tienes razón. Andrés y Tomás aún tendrán que aprender a escucharse.

Mercedes volverá a echar de menos a sus nietos. Y todos seguirán sintiendo la ausencia del señor Julián.

Pero también habrá ocurrido lo demás: una visita, una carta, una disculpa, una cena compartida. Conviene hacerles sitio a esas cosas cuando contamos cómo es el mundo.

A veces necesitamos volver a la familia, cuidar la comunidad, saludar por su nombre a los vecinos. Preguntar «¿cómo estás?» y quedarnos a escuchar la respuesta. Acercar una silla. Atrevernos a llamar primero.

En Belén encontramos a un Dios que quiso acercarse así: con un rostro que mirar, unas manos que sostener y una vida humana que compartir. El Hijo de Dios nació entre nosotros por amor, para salvarnos y llevarnos al Padre.

Ojalá esta Navidad nos ayude a abrirle la puerta. Ojalá aprendamos a cuidar a quienes ha puesto cerca, y a reconocer a quienes todavía esperan fuera.

Y ojalá, apreciable lector, también nosotros nos llenemos de una inmensa alegría, porque Dios nació.

La abuela acaba de encontrar el cuchillo.

Acerca tu silla. Hay sitio.

Acerca tu silla.
Hay sitio.

Cuentos: fray Alfonso Dávila, OAR
Presentación: fray Eduardo Chávez Téllez Girón, OAR
Comisión de Pastoral Juvenil y Vocacional

inquietar
agustinos recoletos

JAR

Provincia San Nicolás de Tolentino · Agustinos Recoletos

INQUIETAR.COM